



# *El viaje de Aandras*

## I

ACANDRAS duerme, pero no lo sabe. Cree que está escalando una enorme montaña. Otras veces, piensa que navega en un mar calmo que, de pronto, se embravece. También se ve bajo un árbol de ciruelas, comiendo unos jugosos damascos (no se pregunta por qué, si está bajo un ciruelo, no come esa fruta: Acandras solo está).

De pronto, algo lo despierta.

## II

¿Quién habló? Acandras abre los ojos y se despiereza. Mira a su alrededor. No ve a nadie más y todo le resulta desconocido. Creo que tengo frío, quiere decir, pero advierte que no sabe hablar. Conoce las palabras, pero no tiene idea de cómo hacerlas salir por su boca. Se mira las manos, son de un color pálido, casi transparentes. Tiene algo puesto sobre su cuerpo. “Es una túnica”, piensa. Se da cuenta de que también puede nombrar las cosas que lo rodean. Entonces, vuelve a oír la voz que escuchó en su ¿sueño?

Es un mensaje confuso, que apenas puede retener, porque le preocupa más averiguar quién está hablando. La voz dice algo sobre una niebla que se disipa, pero el aire está limpio a su alrededor.

### III

Mira hacia todos lados, ¿dónde está el dueño de la voz? Se levanta despacio y apoya sus pies sobre una superficie blanda, aunque, a la vez, firme. Sólo ve un tenue resplandor dorado a su alrededor, no puede decir si está en una habitación, o en un bosque, o en una oficina (se ríe, ni siquiera sabe bien qué son un bosque o una oficina, palabras extrañas llegan a su mente). El resplandor se va haciendo más fuerte, los contornos de paredes y techos se van dibujando en los ojos de Acandras. “Esto es una cueva”, afirma, sorprendiéndose de esa repentina revelación, “y la salida es allá adelante, donde se ve la luz”. Camina con decisión. Sin embargo, luego de un momento, comienza a dudar. “Tal vez deba esperar

un poco, explorar más aquí adentro”, se dice.

#### IV

“No encuentro nada”, piensa Acandras luego de un rato de andar entre paredes de roca, “solo un viento frío que viene desde adentro de la cueva, y una brisa cálida que llega de afuera”. Suspira con fastidio. De pronto se siente triste y con ganas de llorar. Se deja caer en el suelo. Algo, como una caricia, acomoda sus cabellos. Acandras se sobresalta, pero no tiene miedo, la sensación es agradable. Delante suyo aparece un objeto. Aunque es algo que nunca ha visto, sabe que se trata de una canasta llena de frutas de colores. Prueba un durazno, una enorme frutilla y una manzana. Le parecen realmente sabrosas, aunque es la primera vez que recuerda comer algo. La voz, cristalina,

comienza a cantar una canción<sup>1</sup>. Acandras cree que es lo más hermoso que ha oído alguna vez, aunque la olvida inmediatamente.

---

<sup>1</sup> Entre los estudiosos, no existe consenso respecto a cuál fue la canción que escuchó Acandras en la cueva. La corriente anglosajona asegura que se trata de la melodía de “Awakening Crystal”, de autor anónimo. Por su parte, los doctrinarios latinos afirman que se trata de la canción “En las Tierras del Cel i Llum”, de la que también se desconoce la autoría. Ambas pueden escucharse en el siguiente enlace: <https://elviajedecandras.com/index.php/2024/01/25/canciones/> en versión de Suno.ai

## V

Acandras termina de comer. Siente como su estómago está tirante, pesado; le cuesta respirar. Mira a su alrededor y ve un montón de hojas secas amontonadas contra la pared. “Es un buen lugar para descansar”, piensa. Se tira sobre las hojas, que son suaves y perfumadas, y cierra los ojos. Le parece estar viviendo algo que ya ocurrió, pero todo es demasiado confuso. Piensa en un prado verde, con árboles enormes y un cielo dorado, pero no entiende de dónde vienen esas imágenes a su cabeza, si nunca salió de la cueva, siempre estuvo ahí... Intenta recordar, pero su memoria llega hasta el momento en el que abrió los ojos ahí dentro. De pronto, algo así como un temblor hace que

se estremezca. Se hace un ovillo y escucha la voz, que ahora suena grave.

—¡Vamos! —le dice—. No es momento de descansar.

## VI

Se levanta de un salto y se sacude las hojas que han quedado pegadas en su cuerpo. Ya no quiere estar dentro de esa cueva, con esa voz fantasma. Está por emprender la marcha cuando, delante de sus pies, aparece un enorme libro. Acandras se está acostumbrando a saber los nombres de las cosas desconocidas, e, incluso, para qué sirven. Levanta el libro, es pesado y está lleno de polvo que pica en su nariz. Sobre la tapa dura, de color marrón, unas letras doradas dibujan algo. Acandras lee: “El Gran Libro”. Lo abre, pero las páginas, ásperas y gastadas, están en blanco.

## VII

Acandras siente que debe hacer algo, pero no sabe bien qué. Por un momento piensa que lo correcto es salir de la cueva y ver qué hay fuera de ella. Sin embargo, a los pocos segundos, ya no le parece buena idea. El libro pesa en sus manos, pero no quiere soltarlo. Sabe que es importante, que, por alguna razón, debe cuidarlo. Camina indeciso hacia la salida de la cueva y se asoma lentamente. Afuera todo es dorado y cálido. Delante, hay un camino bordeado de árboles y arbustos; a lo lejos, montañas; en el cielo, estrellas que titilan. Todo parece en calma y hermoso, pero también desconocido. Aprieta el libro entre sus manos y cierra los ojos. “¿Qué debo hacer?”, se pregunta.

## VIII.

Decide salir a explorar el exterior. Vuelve sobre sus pasos a buscar frutas de la canasta, algo le dice que las va a necesitar para el camino. Guarda unas manzanas en sus bolsillos y, colocando el enorme libro bajo uno de sus brazos, camina hacia la salida de la cueva. Apenas pone un pie fuera, nota que el libro se hace más liviano y pequeño, ahora puede guardarlo en uno de los bolsillos. Una sensación cálida, que le da confianza, aparece en su pecho. Continúa su camino, observando el paisaje que parece pintado de colores sepia. “Quisiera que hubiera más luz”, piensa, “así dorado, todo es muy bonito, pero me gustaría poder ver más allá de las sombras”. Respira profundo, el olor es agradable, a flores frescas y pasto mojado.

La brisa es cálida y envuelve su piel, además de traer un tenue sonido de cascabeles que reconforta. De pronto advierte que el camino termina, que ha estado subiendo y se encuentra en la cima de una montaña. Mientras contempla el paisaje, Acandras está feliz, y casi se sobresalta cuando escucha nuevamente la voz, aunque ahora suena tan bajo que tiene que detenerse y concentrarse para entender el mensaje.

—Los que ves es tuyo —cree escuchar—. Sólo estira tu mano y tómalo.

## IX.

A lo lejos, entre las copas de los árboles, que observa desde arriba, algo brilla. Acandras piensa que ese es el lugar al que debe llegar. Mira a su alrededor; a unos metros, descubre un camino que baja y se apura hacia él. A los pocos minutos, se encuentra en la entrada de un bosque de árboles frondosos. “Tengo que llegar al resplandor”, piensa con urgencia, “pero no sé por dónde”. Mira preocupado, el bosque es demasiado tupido y le obstaculiza la visión.

De pronto, un extraño ruido desvía su atención. Se da vuelta y alcanza a divisar una figura blanca, algo que nunca ha visto. Se acerca, es un potrillo que tiene una de sus patas aprisionadas entre dos ramas caídas. El animal se queja, como

implorando ayuda. Acandras se acerca e intenta mover los troncos, pero son demasiado pesados. Está pensando en alguna solución, cuando escucha un terrible rugido. Ambos se sobresaltan. Acandras siente miedo, sus piernas tiemblan y una presión en el pecho le impide respirar bien. No puede evitar echar a correr, mientras las lágrimas caen por sus mejillas y le nublan la visión. Corre hasta que las piernas le fallan, siente un terrible cansancio y ya no puede seguir más. Cae frente a un enorme árbol de hojas doradas. “El árbol de oro”, se dice, “esto era el resplandor”. De pronto, el cansancio desaparece. Acandras siente en su pecho, una sensación cálida que invita a sentarse y contemplar.

## X

No sabe cuánto tiempo ha pasado contemplando el árbol. Ahora parece que fuera de día, la claridad del ambiente le muestra mejor los contornos del lugar. Acandras se pone de pie para seguir su camino. Ya no siente cansancio, pero sí hambre. Busca en su bolsillo y saca una manzana. La huele y se deleita con el perfume, luego le da un mordisco. El jugo se le escapa por las comisuras de los labios. La energía despierta su cuerpo. Deja atrás el árbol y a medida que avanza, el bosque deja paso a un prado. Una enorme extensión verde, con algunos cerros a la derecha, aparece frente a sus ojos. Acandras mira el verde, infinito hasta el horizonte y piensa que es hermoso. Arroja los restos de la manzana hacia el

prado y decide seguir para el lado de los cerros. En su mente aparece una canción, sabe que es una melodía antigua, pero que no tiene tiempo, y que, además, no se ha creado aún. A medida que se acerca a las formaciones rocosas, descubre un enorme lago de aguas quietas. Feliz, Acandras se acerca, hunde sus pies en el líquido, moja sus cabellos, bebe un poco. El agua está fresca y contrasta con la calidez del sol que brilla sobre su cabeza. Cuando se da vuelta para sentarse a contemplar el paisaje, descubre que, detrás suyo, en una de las rocas, hay una cueva, de donde parece que surgiera el lago. Acandras recuerda algo que no comprende, de otros tiempos que parecen lejanos, y se emociona. Camina hacia allí. Para su sorpresa, dentro del lugar, una figura encorvada lava sus manos en una de las orillas. Se asusta un poco, además del caballo, no ha visto a

ningún otro ser vivo en el lugar. Recordar al caballo le trae tristeza y se distrae con ese sentimiento. Entonces es cuando la figura se levanta y se le acerca. Es un viejo, muy viejo, de larga barba blanca. Miles de arrugas surcan su cara, cada una cuenta una historia.

—Hola, Acandras —dice el viejo—. Te estaba esperando...

Acandras lo mira con curiosidad.

—Sí, sí —el viejo se acerca—, ya lo sé. Es un poco extraño todo. Te estarás preguntando cómo sé tu nombre, o que estabas por llegar. Es una vieja historia que aún no ha empezado, pero, lo importante, es que tú tienes algo para mí y yo tengo algo para ti.

Acandras se toca los bolsillos de la túnica. En uno está el libro, en el otro, las manzanas. El viejo se ríe.

—Veo que traes el Gran Libro. ¡Perfecto! Así voy a poder terminar mi tarea. Eso es lo que tenías que traerme. A cambio, yo voy a darte respuestas. A ver, ¿tienes alguna pregunta?

Acandras piensa. Quisiera saber tantas cosas, tiene demasiado por comprender.

—¿Quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy? —pregunta al fin.

El viejo se ríe.

—¡Eh! Una pregunta por vez... A ver, la primera. ¿Quién es Acandras? Eso es algo que yo no te puedo decir, deberás ir descubriéndolo, de a poco, en tu camino. Tus decisiones son importantes para ello, lo que elijas en cada encrucijada es lo que va a moldearte.

—No entiendo muy bien.

—Eso, Acandras, es porque lo estás pensando demasiado. Para estas preguntas, que no son lógicas ni empíricas,

es necesario dejar los razonamientos a un lado. Solo debes vaciarte, y el entendimiento llegará solo.

—Es muy raro eso...

—No tanto, no tanto... Ahora, pasemos a la segunda pregunta. Vienes del lugar del cual partimos todos. Es muy difícil traerlo a este lenguaje, no hay palabras para definir esa infinita masa de energía, que algunos llaman universo. Imagínate un enorme mar brillante, formado no de gotas, sino de pequeños destellos de colores. De lejos, parecen uno, y son uno, un solo mar. Sin embargo, si te acercas, podrás distinguir cada destello, con un color y una forma diferente, algunos más brillantes, otros más apagados. A veces, uno de esos destellos se desprende y vuela. ¿Hacia dónde? Pues hay dos caminos diferentes. Puede ser que el destello necesite mejorar su brillo, entonces seguirá la senda del

aprendizaje. Puede ser, también, que sea llamado porque su luz es necesaria para mantener el equilibrio; entonces, tomará la senda del maestro.

—Ah... Pero, ¿yo sería uno de esos destellos?

—Eso es de dónde vienes. Lo que eres ahora está en proceso de descubrimiento. Y eso tiene que ver con el lugar hacia dónde vas, tu última pregunta. Verás... Estás en un escenario en el que, cada tanto, aparecen distintos caminos. Todos llevan al mismo lugar, sin embargo, lo que tardes en llegar, dependerá más que nada de tus decisiones. Cada cosa que hagas hará más corto o más largo el camino. También dejará una consecuencia, para ti y para otros. Por ejemplo, antes de llegar a esta cueva, comiste una manzana y arrojaste sus semillas en el prado. Esas semillas van a ser llevadas por el viento, alguna de ellas

va a encontrar un espacio acogedor y germinará y crecerá y un día será un enorme árbol, bajo el cual descansarán otros viajeros y se alimentarán con sus frutos.

—Pero no me estás respondiendo...

—Es verdad..., hablando de árboles, es un defecto que tengo ese de irme por las ramas —el viejo se ríe y Acandras también, porque lo imagina haciendo equilibrio sobre la rama de un gomero.

—En fin... —continúa el hombre—. Al final del camino encontrarás la Gran Ciudad Corazón. En ella te estarán esperando los tres jueces sabios y allí será donde se definirá tu destino.

Acandras siente inquietud con las palabras del viejo. ¿Qué destino?, ¿qué le podía llegar a ocurrir? Como si le leyera la mente, el viejo le da una palmada en el hombro.

—No te preocupes, dulce Acandras. No es nada malo, al contrario. Solo deberás recordar y te esperará un destino maravilloso.

De una bolsa que lleva atada a la cintura y que Acandras no había visto, saca un pequeño cuaderno, algo arrugado, y un lápiz.

—Toma esto —dice con solemnidad—. Anota todo lo que recuerdes de este viaje, desde el principio. Será algo muy útil... aunque, después, al final, vas a olvidarlo todo.

Acandras se rasca la cabeza, como si con eso pudiera lograr algo de claridad. Agarra el cuaderno<sup>2</sup> y el lápiz e intenta guardarlos

---

<sup>2</sup> Este cuaderno acompaña a Acandras el resto de su viaje. En él, irá anotando las enseñanzas que le ha dejado cada paso de su viaje. El cuaderno estuvo perdido durante mucho tiempo. En la actualidad, lo que se cree que son sus restos se conservan en el Templo de la Balanza, al resguardo del Oráculo y los sacerdotes, que son los encargados de su restauración e interpretación. Se puede ver aquí:

<https://elviajedecandras.com/index.php/el-cuaderno/>

en el bolsillo de su túnica, junto a las manzanas. Se sorprende de que entren tantas cosas allí.

—Es hora de que sigas —dice el viejo—. Ya tienes todo lo que necesitas y yo estoy cansado. Creo que voy a dormir una siesta. Pero primero, debes dejarme el Gran Cuaderno.

Acandras saca el pesado libro<sup>3</sup> y se lo alcanza al viejo, que lo toma en sus manos y acaricia las tapas. Luego bosteza, da media vuelta, camina despacio hacia el interior de la cueva y se tira sobre un montón de paja amontonada en un rincón.

—Adiós —dice Acandras, y, como el viejo no le contesta, sino que comienza a roncar inmediatamente, se encoge de hombros y se vuelve hacia la salida.

---

<sup>3</sup> Se refiere a “El Gran Libro”, que menciona el viejo anteriormente. Se supone que es un complemento de “El Cuaderno” y que fue escrito por el viejo durante cientos de años. Aún continúa perdido.

Una vez fuera de la cueva, piensa que, tal vez, debería haberle agradecido. No quiere molestar el sueño del hombre, así que se le ocurre simplemente dejar una de sus manzanas en la entrada de la cueva, y seguir su camino.

Por un momento cree escuchar la voz, aunque no está demasiado seguro, porque el mensaje parece venir ya no de afuera, sino de algún lugar en su interior. Es como si se dijera “escúchate, escúchate”.

## XI

El sol brilla con fuerza y el cielo, antes dorado, es ahora de un azul resplandeciente. Acandras observa el lago, que sigue quieto, como si a su alrededor el tiempo se hubiera detenido. “Si no fuera por el canto de los pájaros o el zumbido de los insectos”, piensa, “diría que todo esto es una enorme pintura que alguien ha colgado en un enorme marco”.

Camina sin prisa hasta el pie de un sauce y se sienta apoyando la espalda sobre el tronco de la planta. El suelo está algo húmedo, pero le agrada la sensación de frescura. Saca el cuaderno y, mordiendo la punta del lápiz, piensa. “¿Qué debería escribir?”. “Tal vez lo que tengo que recordar son los mensajes de la voz”, concluye luego de un momento. Así,

durante un buen rato, se entretiene escribiendo con una letra redonda y liviana que no recuerda cuándo aprendió.

El sol está hacia un costado del cielo cuando termina. Mira el cuaderno con algo de orgullo, lo guarda en un bolsillo, y se pone de pie para continuar.

“Creo que todavía tengo tiempo hasta que desaparezca la luz, tal vez pueda llegar a la Ciudad Corazón hoy mismo”, piensa con ilusión.

Delante suyo se abren tres caminos. Uno es por el que llegó y lo descarta. Otro, se adentra en las montañas. El tercero se dirige hacia el valle bordeando el lago. Calcula que ese último es el más fácil, andar por lo llano va a ser menos extenuante y peligroso que trepar por las piedras, y por él se decide.

Deja atrás el lago, los árboles y la montaña. Una inmensa llanura verde, con pastos

altos hasta su cintura, se abre ante su vista. El sol aún calienta fuerte y le quema la cabeza. Pronto siente el cansancio y la sed.

“Quizá debí tomar el otro camino”, piensa con fastidio. No ve ningún árbol para resguardarse a la sombra, tampoco algún arroyo que le dé agua. Intentando ser fuerte, respira profundo y continúa. “El viejo me dijo que, de alguna manera, voy a llegar y todo estará bien, debo confiar, debo confiar...”.

De pronto, el cielo se llena de nubes oscuras y pesadas que se mueven en círculo sobre su cabeza y todo se tiñe de un color rojizo. Truenos lejanos dan paso a las gotas, que caen con fuerza y van empapando su cuerpo. Acandras corre sin saber muy bien hacia dónde, no ve por ningún lado algún sitio para refugiarse y la

lluvia es tan densa como una cortina que opaca todo.

El barro comienza a manchar sus pies y a enlentecer sus pasos, pero no se detiene.

Está casi sin aliento, cuando, repentinamente, la lluvia cesa. Acandras puede ver que, a un costado, se ha formado un pequeño río dorado. Camina junto a él, siguiendo la dirección del agua y, al poco tiempo, comienza a ver algunos arbustos y árboles.

A lo lejos, un resplandor enorme baja desde el cielo. “¿Estará allí la ciudad?”, se pregunta, “¡tal vez ya la he encontrado!”. Quiere correr, pero sabe que el resplandor está demasiado lejos y no va a llegar antes del anochecer. Se sienta en una piedra a contemplar el espectáculo, luego saca cuaderno y lápiz de su bolsillo y espera a que la voz hable.

## XII

Se despierta por la luz del sol que se filtra entre las hojas de los árboles y el canto de un benteveo. Se durmió, sin darse cuenta, sobre una mullida cama de hojas secas, entre un grupo de árboles. A su lado, el cuaderno abierto le muestra lo último que escribió. Repasa las letras antes de guardarlo y sacar su anteúltima manzana. Se pone de pie y, mientras disfruta su simple desayuno, continúa el camino, siempre bordeando el arroyo y rumbo a, donde el día anterior, vio el resplandor. Ahora el cielo es de un azul pálido, sin nubes.

Un ruido extraño, como un fuerte zumbido, llama su atención. Viene de detrás de los árboles y hacia allí se dirige con curiosidad. Alcanza a divisar, entre los

troncos y las ramas, una estructura blanca y alta. Cuando está frente a ella, descubre que es un pequeño templo. Dos columnas redondas marcan la entrada, un muro, también circular, establece el perímetro. No son muy altos, Acandras calcula que serán dos veces su tamaño. El templo no tiene techo, y, suspendida en medio del círculo, una enorme balanza dorada se alza sobre su cabeza. El zumbido es más fuerte ahí. Acandras alcanza a ver un montón de criaturas pequeñas, del tamaño de su mano, de color verde y alas transparentes, que cargan piedras de colores, unas rojizas que colocan en uno de los lados de la balanza, otras grisáceas que depositan en el contrario. Las piedras parecen demasiado grandes para esas criaturas. Acandras las observa volar con dificultad.

“Tal vez pueda ayudarlas”, piensa, “aunque la balanza está demasiado alta para mí...”.

—¡Hola! —dice al fin, en voz bien fuerte, para hacerse oír sobre el zumbido.

Las criaturas no le contestan. Algunas miran con enojo y continúan su tarea, pero la mayoría ignora su presencia.

—¡Hola! —grita, entonces— ¿Necesitan ayuda?

Nada. A las criaturas verdes no parecen interesarle las visitas.

Acandras sale del templo y se sienta junto al muro. Está por sacar el cuaderno cuando escucha un débil aleteo un poco más allá de donde se encuentra. Se acerca y descubre, entre el pasto, a una de las criaturas. Tiene una de sus piernas atrapadas bajo una roca gris oscura, casi tan grande como él. Estira una de sus

pequeñas manos hacia Acandras y emite un leve quejido; sus ojos están llorosos.

—No te preocupes, pequeño amiguito. Voy a liberarte enseguida. Tanto peso..., debe doler, ¿verdad?

Levanta la piedra, que, para su sorpresa, es más pesada de lo que parece y la arroja lejos. La criatura, liberada, abre sus ojos con sorpresa y emite palabras extrañas, en tono de reproche, mientras intenta ponerse de pie y mover sus alas.

Acandras no entiende lo que está ocurriendo, tampoco comprende el lenguaje de la criatura. Se encoge de hombros.

—Disculpa, solo intentaba ayudar...

La criatura ya está junto a la piedra, intentando levantarla. Pero es demasiado pesada y apenas logra elevarse unos centímetros. Se deja caer extenuado y emite algo así como un llanto.

Acandras se acerca y se agacha junto al pequeño ser. No sabe bien qué hacer, lo único que se le ocurre es sacar la última manzana y ofrecérsela. “Tal vez esté cansado y hambriento y necesite reponer fuerzas”, piensa.

Efectivamente, cuando ve la manzana, al pequeño ser le brillan los ojos. Abraza la fruta, la huele y le da un pequeño mordisco. Luego se ríe, una risa que a Acandras le recuerda a un tintineo, y hace una graciosa reverencia antes de continuar mordisqueando la fruta.

Acandras se queda mirando como la manzana es casi enteramente devorada por la criatura, que luego se tira sobre el pasto sosteniéndose el estómago. La mirada de sufrimiento y los quejidos han vuelto.

—Claro —dice Acandras—. No deberías haber comido tanto y tan rápido.

El pequeño suspira, luego eructa y sonríe. Se pone de pie y vuela hasta quedar a la altura de la cabeza de Acandras. Entonces, extiende una de sus manos frente a su boca y sopla.

Un polvo dorado, que hace que Acandras estornude, se eleva por el aire. En ese momento recuerda la historia de esos seres, los duendes encargados de llenar la Balanza del Mundo con las buenas y las malas acciones. “Lo importante”, le susurra el polvo dorado, “es mantener siempre el equilibrio”.

El duende hace una pirueta en el aire, saluda con la mano y baja hacia la piedra gris. Con esfuerzo, logra levantarla y elevarse. Acandras lo observa volar con dificultad, aunque menos que antes, hasta que lo pierde de vista al cruzar el muro. A sus pies, lo que queda de la manzana se ha puesto de un color oscuro y poco apetitoso.

Piensa con preocupación que ya no tiene nada que comer, que lo mejor es que llegue a la ciudad cuanto antes. Pero, ¿cómo elegir el camino más rápido?

### XIII

Es hora de continuar. Acandras se dirige nuevamente hacia los árboles que bordean el arroyo. Comienza a caminar entre ellos. Bajo sus pies, las hojas secas crujen. Sobre su cabeza, los rayos del sol se filtran, débiles, dibujando figuras movedizas.

Mientras avanza, una neblina densa, que parece surgir del suelo, comienza a opacar el ambiente. De pronto todo se ha vuelto gris, oscuro.

Acandras continúa, ya no le resultan extraños esos cambios y no le molestan, o, al menos, no demasiado. Al adentrarse en el bosque, le parece escuchar algo más que el crujido de las hojas y presta atención. El sonido se siente lejano, aunque piensa que podría apostar a que es la densidad de la

niebla la que lo apaga. Pronto distingue de qué se trata: es la voz de un hombre, que canta, muy desafinado, una canción alegre que habla de una mujer vieja<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Se cree que la canción que cantaba el hombre está basada en un viejo poema popular “Oh, madre, qué anciana eres”, de autor desconocido. Si bien se ignora el original y existen varias versiones, la más extendida es la siguiente: “Oh, madre, que anciana eres. / Ya tus dientes no pueden morder una manzana. / Oh, madre, que anciana eres. / Ya no puedes correr por el prado entre las flores. / Oh, madre, qué anciana eres. / Tus huesos crujen cuando te levantas / y ya no puedes descogotar pollos. / Mira, hija, si has venido a criticarme / voy a demostrarte el poder de mis dientes / la fuerza de mis piernas / y la dureza de mis huesos / a mordiscos, patadas y empujones”. Este poema ha sido objeto de numerosos estudios, de uno de ellos se desprende que: “El poema reflexiona sobre la inevitabilidad del envejecimiento y la manera en que las personas a menudo son juzgadas por su apariencia física y habilidades en lugar de sus experiencias de vida y sabiduría acumulada. La hija podría representar a la juventud que, a veces, no comprende completamente las luchas y la riqueza de la experiencia de la edad avanzada. La ironía radica en que, a pesar de las limitaciones físicas que la hija señala, la madre responde destacando las fortalezas que aún posee. Esto podría sugerir que la verdadera fuerza de la madre no reside en sus habilidades físicas, sino en su resistencia emocional y mental. En resumen, el poema parece explorar la dinámica entre la madre envejecida y la hija más joven, destacando la brecha generacional y la percepción cambiante de la fortaleza y la debilidad a medida que se envejece”; (análisis del chat GPT).

Apura el paso y descubre que, en efecto, el cantante no se encuentra lejos. Lo extraño es que el hombre no está de pie, sino colgando boca abajo, como si pendiera de una soga invisible.

Acandras se para cerca, aunque no tanto. Tiene miedo que la cuerda se suelte y el hombre le caiga encima.

—¡Hola! —grita.

El hombre deja de cantar y, siempre de cabeza, se vuelve.

—¡Eh!, ¿quién anda ahí?

—Soy Acandras, voy camino a Ciudad Corazón.

—Acandras... No, no conozco a ningún Acandras... Un nombre extraño... ¿Es de hombre o de mujer? A ver, no puedo verte bien...

Acandras se encoge de hombros.

—No lo sé. Es mi nombre, no es de hombre ni de mujer. Es de Acandras.

El hombre se desliza hasta quedar sobre Acandras y frunce el ceño, como queriendo enfocar su vista.

—Pero, ¿tú qué eres? ¿Un hombre o una mujer?

Acandras piensa. No conoce esa respuesta.

—Mmm..., creo que ninguno. O, tal vez, los dos.

—Interesante...

El hombre comienza a balancearse. Acandras lo mira con inquietud, tiene miedo de que se caiga, o que comience a cantar otra vez.

—¿Y tú quién eres?, ¿por qué estás ahí arriba, cabeza abajo? —le pregunta.

—Soy Odel Lagoc, el mensajero. Estoy acá arriba porque necesitaba un cambio de perspectiva.

—¿Un qué?

—Verás, Acandras. Yo soy el mensajero del lugar, así que ando mucho llevando

mensajes de una casa a otra, a una granja, a un pueblo cercano... Mi trabajo me gusta, no me puedo quejar, pero, como decirte..., me encontraba en una situación difícil. Tenía demasiadas deudas de tantos zapatos que compraba... y, además, porque cada vez que llegaba a un pueblo, cansado y con sed, gastaba mis últimas monedas en el bar. Mi mujer estaba furiosa conmigo, no teníamos dinero para comprar leche y pan a los niños... En fin, yo me puse muy triste y ya no podía trabajar bien. Olvidaba los mensajes, me perdía. Entonces consulté al viejo Oráculo del Templo de la Balanza y me dijo eso, que necesitaba un cambio de perspectiva.

—¡Oh!

—Así que eso hice, me puse cabeza abajo para ver las cosas de otra manera; descubrí un mundo nuevo y todos mis problemas desaparecieron. Ya no gasto

dinero en zapatos, tampoco voy al bar, porque la cabeza en la silla resulta muy incómoda y, cuando intento beber, la cerveza se vuelca en mi cara... Además, como todo el dinero que recibo se cae de mis bolsillos, mi mujer puede juntarlo fácilmente y comprar leche y pan para los niños. Y, ¡lo mejor!, acá arriba no hay nada de tránsito, por eso termino rápido mi trabajo y puedo venir al bosque a hacer una de las cosas que más me gusta: ¡cantar! ¿Viste que bien suena? Aunque mi mujer dice que le da un poco de dolor de cabeza...

Acandras abre la boca para decir algo, aunque no sabe bien qué. No quiere ofender al hombre, pero tampoco mentirle. Por suerte, este murmura algo como que es la hora del almuerzo y comienza a deslizarse en el aire, alejándose, mientras

comienza a cantar. Pronto, él y su voz se pierden entre las copas de los árboles.

## XIV

Los árboles se ven cada vez más tristes y secos. Algunos ya no tienen hojas y son solo troncos oscuros y doblados, como garras gigantes que amenazan. No sigas, no sigas..., parecieran decir.

Acandras se estremece. Tiene frío, hambre y su visión es cada vez más escasa. La niebla, ahora, es mucho más espesa. Apenas puede divisar el arroyo, que se ha transformado en un fino hilo de agua. Más adelante, todo es incertidumbre.

“¿Es que me equivoqué otra vez de camino?”, piensa con angustia. “El viejo me dijo que no había un camino incorrecto, solo algunos más rápidos... ¿Y si estaba mintiendo?, ¿qué puede saber un hombre que vive en una cueva? Tal vez nunca salió de allí”.

Se siente triste y una sensación de frustración comienza a pesarle en el cuerpo. Ya no quiere caminar más, solo echarse y llorar. Sus lágrimas saladas caen por su cara y sus sollozos atraviesan la quietud del aire. Piensa en la cueva donde despertó y la extraña. Piensa en el potrillo que abandonó a su suerte y se angustia. Con el llanto comienza a dormirse y, en su sueño, continúa llorando porque siente la soledad y la desesperanza de no poder salir de ese lugar oscuro y frío.

Se despierta de repente. Su cuerpo está empapado y tiene fiebre. Vuelve a cerrar los ojos y aprieta las manos sobre su pecho.

## XV

Vuelve a dormirse, pero ahora con más calma. En su sueño, puede verse, su cuerpo echado junto al cuaderno abierto, pero, alrededor, ya no aparece un paisaje oscuro, desolado, sino árboles de colores, una enorme luna rosa que ilumina todo, casi tanto como si fuera un sol. Escucha el murmullo del arroyo que corre entre las piedras y el canto de algún pájaro nocturno. Camina un poco, no quiere alejarse de su yo dormido, pero también siente curiosidad, ¿qué ha pasado que todo luce tan diferente?

“Lo que importa”, piensa luego, “es que ya no estoy más en ese lugar tan feo. Ahora todo es hermoso y tranquilo”.

Cierra los ojos y respira despacio. Siente como el aire perfumado entra en su

cuerpo, limpiándolo, y como, al exhalar, lo va percibiendo más liviano.

## XVI

Acandras abre los ojos y mira a su alrededor. Siente inquietud. Presiente que algo malo va a ocurrir, y también, que tiene la fuerza para superarlo. Pero, ¿y si está equivocado?

Mira con angustia como los colores suaves van desapareciendo y enormes nubes rojas se tragan la luna. Gruesos rayos cruzan el cielo y los truenos retumban. Chispas enormes caen más allá, quemando los pocos árboles que quedan en pie. Cierra los ojos y se hace un ovillo contra el suelo. ¿Qué pasa si uno de esos rayos le alcanza? Su corazón late con fuerza, le cuesta respirar y su cuerpo tiembla.

“No puedo superarlo”, piensa, “es demasiado para mí”. Abre los ojos y ve una ciudad destruida, enormes paredes de

fuego devorando bosques, caballos heridos que relinchan con fuerza, duendes aplastados por rocas oscuras, un hombre que cae por un precipicio.

Las imágenes son demasiado horribles. Vuelve a cerrarlos, apretándose los párpados con las manos, como si quisiera hundirse en su cuerpo y desaparecer. Escucha con claridad el relincho del potrillo, “¿por qué me abandonaste?, por tu culpa he muerto de una manera horrible...”.

Acandras llora.

## XVII

Los rayos caen cada vez más cerca suyo. No es momento de llorar, Acandras sabe que debe buscar refugio. Pero, ¿a dónde? Lo único que hay a su alrededor son árboles quemados. Los troncos humeantes dan una impresión aterradora.

Decide correr rumbo a la ciudad, hacia donde cree que se encuentra. La horrible tormenta cubre todo el cielo, no parece haber dirección a salvo. Apura sus pasos, salta árboles caídos, esquiva ramas, evita las centellas.

Alla lejos, ve algo cuya forma se asemeja al contorno de varios edificios. Apura su paso, cuando, una enorme bola de fuego aparece en el cielo. La bola cae, con un estruendo, sobre los edificios. Acandras se cubre y, cuando vuelve a mirar, advierte

que ya no queda nada, solo un manto oscuro de cenizas.

Entonces, comienza a llover. Las gotas caen con fuerza y, en su camino, arrastran la negrura que cubre todo. Acandras puede observar cómo los colores van apareciendo.

## XVIII

Cuando para de llover, ya está anocheciendo. Hace un largo rato que viene caminando, bordeando el arroyo, que ahora es un río caudaloso, y siente el cansancio. Pero no quiere detenerse. En el cielo rojizo empiezan a aparecer pequeñas estrellas; se escucha el canto de los grillos y las ranas.

Un destello en el cielo llama su atención. Levanta la vista y observa una enorme estrella amarilla, casi tocando el horizonte con una de sus puntas.

“Tal vez sea una señal”, piensa.

Siente el dolor de las ampollas en sus pies, la boca un poco seca y el estómago vacío, pero no le importa. Mira la estrella y sabe que ir hacia ella es su verdadero objetivo.

## XIX

Todo brilla en tonos dorados. Acandras se siente como dentro de un sueño, aunque sabe que no es así. El murmullo cristalino del arroyo acompaña sus pasos; se le antoja como un susurro que lo invita a seguir, siempre mirando hacia adelante.

La estrella ahora es más pequeña, pero igualmente brilla entre las copas de los árboles, que van haciéndose cada vez más numerosos y tupidos. Pronto Acandras advierte que está nuevamente en un bosque.

Mientras camina, tratando de no alejarse demasiado del arroyo, reflexiona sobre lo sucedido hasta ese momento. Hace bastante que no escribe en su cuaderno y, aunque está oscuro, decide sentarse un momento, en la parte más despejada, a

tomar nota. La luz de la enorme luna que está apareciendo en el horizonte, será suficiente.

Tiene toda su concentración en los trazos de las letras, cuando escucha un leve susurro detrás suyo, una palabra que no alcanza a identificar. Se sobresalta y gira para ver quién está detrás, pero solo ve troncos, ramas y hojas. En ese momento, una voz suave y armoniosa comienza a cantar. Es una canción hermosa, le recuerda a una que escuchó alguna vez en la cueva. Acandras siente como se le eriza la piel y sus ojos se llenan de lágrimas. “Es como si la propia canción estuviera viva”, piensa mientras se seca las mejillas. Incluso puede verla, flotando en el aire, como una bruma de tenue brillo, que llega, envolvente, en una caricia e ingresa a su cuerpo a través de sus oídos. La canción ahora viaja dentro de Acandras, una

sensación cálida y relajante que se extiende desde su pecho hacia sus brazos y piernas.

Comienza a caminar, necesita saber de dónde viene esa voz. Se adentra nuevamente en el bosque y deja que la bruma sea su guía. Su cuerpo es liviano, como si flotara a través de los árboles, casi sin tocar el suelo.

La figura es blanca y brilla. Está rodeada completamente por un aura luminosa, sentada en la rama de un árbol y, cuando se pone de pie, Acandras advierte que es muy alta, sus piernas y brazos parecen infinitos. No lleva ropa sobre su cuerpo liso y fosforescente. Necesita acercarse para ver más de cerca a ese extraño y mágico ser, que es quien está cantando la canción. Acandras piensa que es lo más hermoso que ha visto en su corta vida.

La figura vuelve sus ojos hacia Acandras, sin dejar de cantar. “Ven conmigo”, escucha en su cabeza, nuevamente en un susurro. Se deja llevar, como si una corriente suave empujara su cuerpo con delicadeza, y sigue al ser brillante hacia lo profundo del bosque.

“¿Quién será esta criatura tan hermosa?”, se pregunta, “Es como yo, pero diferente. ¿Y esa canción hechicera?”.

“Soy tu mejor sueño, Acandras”, dice el susurro en su cabeza, “ven conmigo, ven conmigo...”.

“Claro que voy”, sigue pensando, “no quiero estar en ningún otro lugar...”.

Llegan a un claro y se detienen. La criatura, sin dejar de cantar, se acerca a Acandras, que, como si su cuerpo ya no le perteneciera, no puede moverse. Sin embargo, esto no le produce miedo. Siente

un relajado adormecimiento, como si ya nada más fuese importante.

La presencia luminosa estira los brazos y gira a su alrededor, envolviendo su cuerpo. Acandras puede verle la cara, casi pegada a la suya, unos enormes ojos grises, pequeña boca roja, nariz apenas perceptible. La criatura ya no canta, se acerca más y apoya sus labios sobre los de Acandras. Una marea de calor comienza a subir desde sus extremidades. Siente aún más el adormecimiento y cierra los ojos.

“Quédate conmigo”, le dice el susurro, “quédate conmigo y para siempre”.

“No quiero otra cosa que quedarme aquí”, piensa Acandras.

La criatura se aleja, mientras sus largos brazos parecen estirarse mucho más, las manos apoyadas en los hombros de Acandras, que intenta abrir la boca para preguntarle quién es y qué hace en el

bosque, pero su cuerpo sigue sin responder.

“Somos Lilit, somos Moon, somos el amor rojo, la noche, los secretos, el placer... Nos adueñamos de ti, te adueñas de nosotros... Somos todos y somos uno”.

Acandras siente como todo comienza a girar a su alrededor. Las palabras del susurro huelen dulces y embriagantes. Por un momento siente que está olvidándose de algo, pero los brazos de la criatura, presionando su cuerpo, distraen su mente. “Somos tus sueños, el embrujo, la unión perfecta...”, continúa diciendo el susurro. Acandras cierra los ojos y se deja llevar.

## XX

Y, de pronto, recuerda. La imagen de la Ciudad Corazón aparece en su cabeza. Acandras abre los ojos e intenta moverse. “Quédate conmigo, quédate conmigo...”, dice el susurro, mientras la criatura se aprieta contra su cuerpo.

“No puedo moverme”, piensa Acandras, intentando con todas sus fuerzas liberarse del abrazo.

“Quédate, quédate... Eres mi amor...”.

“Por favor, tengo que irme...”.

Acandras cierra los ojos y trata de concentrarse, de conectarse con algo en su interior que le permita recuperar el dominio de su cuerpo. Siente el agotamiento, pero pronto se da cuenta de que el abrazo se ha debilitado. Abre los ojos

y ve a la criatura con los ojos llenos de lágrimas.

“Ya no me quieres, amor mío...”.

Intenta hablar, necesita explicarle a la criatura que tiene una misión, que debe llegar a la Ciudad Corazón, pero apenas logra abrir la boca y emitir un gruñido.

La criatura muestra ahora su furia con un empujón. Acandras siente el dolor del golpe en su espalda, al chocar con el tronco de un árbol. La hermosa cara blanca ahora se ha vuelto monstruosa, los ojos son dos pozos negros, la boca muestra unos dientes enormes y filosos.

“No puedes irte, no voy a permitirlo”, un chillido agudo y metálico lastima los oídos de Acandras, que siente, por fin, control sobre sus manos y se tapa las orejas. Logra ponerse de pie y echa a correr. Sabe que la criatura está tras sus pasos, porque el chillido lo persigue.

De pronto, otra figura blanca y enorme aparece. Es un caballo, que despliega unas enormes alas y se agacha para que pueda subirse a su lomo.

No tiene demasiado tiempo para pensar. Acandras salta y se sienta sobre el animal, que, rápidamente, se eleva y deja el bosque atrás.

El chillido metálico ahora es un aullido lastimoso. Acandras siente pena, pero también alivio.

—Me has salvado —le dice al caballo.

El animal relincha y da una voltereta.

—Gracias a ti, podemos volar —dice, con una voz profunda.

Acandras se sorprende, no se imaginaba que el animal podía hablar. Luego, siente tristeza, porque se da cuenta de que el caballo no es otro que aquel potrillo que una vez abandonó.

—¡Oh no!—le dice, con los ojos llenos de lágrimas—. Eres el potrillo aquel que... ¿Cómo puede ser? Yo te abandoné y tú viniste a rescatarme...

El caballo se eleva, como si saltara una ola, o una nube, en un movimiento suave.

—No estés triste, Acandras. Todos nos equivocamos, y, a veces, sólo está en nuestras manos hacer lo que podemos. Esa noche te fuiste, pero tenías miedo, ¡y estabas dando tus primeros pasos en este lugar desconocido! Yo pasé un momento difícil, es verdad. Pero era así como estaba escrito que debía ser, y eso me transformó en lo que soy hoy: un fuerte caballo alado...

—Entonces..., ¿no estás enojado conmigo?

—¡Claro que no! Además, yo sé que sufriste por ese momento, que muchas veces te mortificó. Pero debes dejarlo atrás, entenderte y perdonarte. Es la única forma de seguir adelante.

Acandras cierra los ojos y suspira. Siente el aire de la madrugada refrescando su piel y la calidez del animal bajo sus manos. También siente algo que se ilumina dentro de su pecho.

—Ahora —dice el caballo—, debemos llegar a la Ciudad Corazón.

## XXI

Pronto, a lo lejos, Acandras divisa pequeñas construcciones. Algunas brillan bajo la luz del sol. El caballo relincha y comienza a descender, rodeando el lugar. Lo pequeño se hace grande y ahora se puede distinguir a la gente y a los animales que circulan por las calles.

En el centro, un enorme edificio de cúpulas doradas, parece dominar toda la escena. Hacia allí se dirigen. El caballo desciende con suavidad y se detiene frente a un enorme portón. La gente va y viene, apurada, como si nadie notara su presencia.

—¿Y ahora?

—Ahora debes entrar allí, Acandras —dice el animal—. Te están esperando. Has llegado al final de tu viaje.

Acandras desciende y se vuelve para acariciar la cabeza de su nuevo amigo.

—Gracias por traerme. Me hubiera gustado quedarme un poco más...

El caballo relincha y mueve la cabeza como negando. Luego, comienza a levantar vuelo.

—¡Espera! —le grita Acandras— ¡No me has dicho tu nombre!

—¡Es Acandras!, ¿no te has dado cuenta? Todos somos parte de ti...

Rápidamente, el animal se eleva y comienza a hacerse cada vez más pequeño, mientras Acandras trata de comprender sus palabras.

Unas campanadas interrumpen sus cavilaciones y le recuerdan que debe entrar al edificio, para completar su misión. Hacia

allí se dirige, esquivando la gente que circula apurada.

Detrás de la pesada puerta de madera, encuentra una enorme sala circular. Está pintada de blanco y, en las paredes, varios ventanales de vidrios de colores, permiten que la luz entre y dibuje figuras.

“Es un lugar hermoso”, piensa. Delante suyo, un largo pasillo invita a continuar. Acandras se acerca a un grupo de personas que miran un enorme pergamino y parecen confundidas.

—Perdón —les dice—, ¿ustedes saben a dónde tengo que ir? Soy Acandras.

Pero ellos parecen no escucharlo.

“¿Es que acaso me volví invisible?”, piensa, mientras continúa caminando.

El pasillo desemboca en otra enorme sala, también circular, aunque vacía. Alrededor de ella hay cinco puertas. Acandras se

dirige a la primera y golpea con suavidad.  
Nadie responde.

Siente que todo es muy extraño. No se le ocurre qué hacer, más que arrodillarse en el suelo y, mientras espera que alguien se percate de su presencia, saca el cuaderno y escribe.

De pronto, la puerta del centro se abre. Un hombre pequeño, de nariz colorada, sobre la que descansan unos enormes anteojos, y cabellos grises bastante revueltos, asoma la cabeza.

—¡Acandras! —dice, casi gritando—  
¡Acandras!

Acandras se pone de pie y levanta un brazo, para llamar la atención del hombre, aunque no hay nadie más allí que ellos dos. El hombre, acomodándose los anteojos, le echa una mirada curiosa.

—Adelante, adelante. Ya es tu turno.

Abre del todo la puerta y se hace a un lado para que Acandras pueda pasar.

La nueva sala también es enorme, pero cuadrada. Hay dos filas de bancos a los costados, algunos están ocupados por diferentes seres (figuras brillantes, otros con aspecto humano, unos pocos con algún rasgo animal), que leen o hablan en voz baja, otros, vacíos. Al fondo, una enorme mesa de madera oscura sostiene una balanza llena de piedras de colores, que está en equilibrio. Detrás de ella, tres personas de largos cabellos blancos lo miran con solemnidad.

“Los tres jueces sabios”, piensa Acandras. El hombrecito salta inquieto. Acandras siente pequeños golpes en la espalda, que invitan con prisa a ir hacia adelante.

—¡Vamos!, ¡vamos!, ¿no te das cuenta? ¡Es el momento de tu destino! ¿No sientes nervios? A mí es la parte que más me

gusta..., todo el suspenso... ¿A ver?, ¿qué te habrás ganado en tu viaje? ¿Qué dirán los tres jueces?

Acandras se encuentra frente a la enorme mesa. Las caras de los jueces son amigables y serenas, e irradian una especie de luz dorada, muy suave.

—Te damos la bienvenida, Acandras —dice uno de ellos, con voz de mujer y rasgos femeninos—. Somos los jueces de Ciudad Corazón. Tu veredicto está listo.

—¿Mi qué?

—Tu veredicto —dice otro de los jueces, con voz grave y masculina—. Aquí adelante, en la balanza, tenemos las piedras que has juntado en tu viaje...

—¡Interesante viaje que has tenido! —exclama el tercero, que suena y parece muy muy viejo.

Acandras carraspea, siente algo de inquietud.

—... Y, de acuerdo con tus acciones y tus decisiones —continúa el segundo—, ya hemos decidido tu lugar en la tierra. Allí podrás desarrollar todas tus cualidades, mejorarlas y utilizarlas para ayudar a los demás.

—Y también podrás aprender lo que te hace falta —el juez mujer sonríe—. Te espera una hermosa vida.

Acandras no comprende.

—Entonces, ¿mi viaje aún no termina?

—Oh, sí —dice el juez anciano—. Tu viaje ha terminado. Es tu vida la que está por comenzar.

El sonido de unas trompetas irrumpe en el ambiente. Los jueces se ponen de pie y le entregan al hombrecito una pequeña bola de color rosado.

—Ahora debes venir conmigo —le dice este a Acandras.

La gente de la sala aplaude, los jueces sonríen y abren sus manos en señal de bendiciones y Acandras, aún sin entender demasiado, sigue al hombre hacia una puerta oscura a la derecha de la sala, junto a la que, un guardia vestido con un traje amarillo chillón, parece dormitar.

## XXII

Entran a una sala no muy grande. Delante de ellos, no hay una pared, sino un enorme telón, de un pesado terciopelo verde o gris. Acandras no puede distinguir bien, la sala está un poco oscura, solamente iluminada por una bombilla amarilla que cuelga del techo.

—Bueno —le dice el hombre—, es hora de que continúes.

Acandras se detiene un momento, puede jurar que olvida algo. El hombre no parece hacerle caso.

—Para seguir —continúa—, es necesario que te despojes de todo. No puedes llevarte ningún objeto, solamente Acandras puede pasar. Y, por supuesto, tu bola del destino que...

—¡Claro! —exclama entonces Acandras—  
¡El cuaderno!

—No, no... el cuaderno no puede pasar...  
Pero no te preocupes, todo lo que está en  
él, si bien se borrará de tu memoria,  
quedará grabado aquí.

El hombre se golpea el pecho un par de  
veces y, luego, tose ruidosamente.

—¿Voy a olvidarme de lo que he escrito?

—De lo que has escrito y de lo demás. Pero  
no vas a olvidarte realmente. Tu cerebro no  
podrá recordar, pero, dentro tuyo todo ha  
quedado grabado. Si aprendes a  
escucharte...

Acandras saca el cuaderno del bolsillo de  
su túnica y lo mira con un poco de tristeza.  
Se coloca bajo la bombilla y se sienta en el  
suelo. Comienza a escribir con prisa. Su  
letra ahora no es prolija y redonda, sino  
despareja.

—Pero, ¿qué haces?

—Completo el cuaderno. Me falta anotar algunas cosas y...

—Pero es inútil, no puedes llevarlo.

— Ya lo sé, pero es algo que siento que debo hacer. No te preocupes, no llevará mucho tiempo. Sé lo que debo escribir.

El hombre vuelve a carraspear y golpea, impaciente, el suelo con su zapato varias veces. Acandras se concentra mordiéndose el labio inferior, mientras escribe con rapidez.

—¡Listo!, ya está... —dice, luego de unos minutos—. Con algunos borrones, pero...

Se levanta y le entrega el cuaderno al hombre. Después, se saca la túnica y se para frente al telón.

—Aquí está tu destino —dice el hombre alcanzándole la bola rosa. Luego, se hace a un lado—. ¿Estamos listos?

Con su mano libre, el hombre sostiene una enorme cuerda dorada, que cuelga sobre uno de los costados.

Acandras asiente, aunque siente algo de miedo, pero no sabe qué otra cosa hacer.

El hombre tira de la cuerda y el telón se abre. Acandras cierra los ojos ante un destello casi blanco, cegador. Los abre lentamente, hasta que se acostumbran a esa claridad. Delante suyo se abre un extraño camino, como un túnel dorado con un cielo de estrellas y suelo espejado. Al final, una hermosa y atrayente luz.

Acandras suspira y empieza a caminar. Con el primer paso, olvida al hombrecito y los jueces. Con el segundo, el caballo y Lilit se borran de su mente. Los duendes, el colgado y el viejo desaparecen con el tercero...

Una corriente empuja su cuerpo con suavidad. El túnel se hace estrecho y

Acandras siente que resbala entre paredes  
pegajosas.

Primero, siente frío.

Después, siente calor.

Por último, siente Amor.